



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
ÁNGEL LIZCANO



Es un pintor de valía,
genial, valiente y poeta,
pues que tiene en su paleta
tesoros de poesía.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El teléfono de la mujer, por Rafael García Santisteban.—Apreciaciones, por José López Silva.—Maquinaria, por Eduardo de Palacio.—El 5.555! por José Jackson Vayan.—Pícaros hombres! por Sinisio Delgado.—El fumador, por José Zahneru.—Modesta, por Luis López.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ángel Lizcano.—Variedades.—En la Exposición, por Cilla.



La gente animada se ha ido á Aranjuez, donde se celebró el miércoles la fiesta de San Fernando con extraordinaria pompa. Ha habido visperas solemnes, misa mayor con voces de fuera del pueblo, bailes, corrida de toros y otros regocijos cristianos.

Casi todos los chicos de la localidad estrenaron ropa, distinguiéndose por su buen gusto y elegancia un tal Balbino, joven del comercio, que además pinta algo de afición y sabe andar en velocipedo. El día del santo se presentó en el café con un terno color de acelga, sombrero azul pálido, corbata granate y botinas azafrañadas, con botoncitos de hueso y pespunte amarillos en la puntera.

Al verle Manolito Alonso, que es otro de los elegantes de la localidad, rabió de celos, porque ambos habían convenido en no hacerse ropa aquel año, por tener en buen uso la de la temporada anterior.

Pero Balbino, con tal de lucirse, sacrifica la amistad y lo sacrifica todo.

Merced á este esmero en el vestir y á otra porción de atractivos que atesora la juventud indígena, Aranjuez ofrecía brillante aspecto. Habían concurrido, además, muchas señoritas de la corte, y entre ellas las de Gázquez, que tienen muchísimo gusto para vestirse, y donde quiera que van excitan la admiración pública. El año pasado en Miraflores de la Sierra dejaron memoria grata y aun hoy se las cita como unas de las primeras elegantes que pisaron aquellas hierbas.

La mayor, que se llama Pura, está en relaciones con un capitán de infantería, bastante feo, pero de muy buena conversación; la otra, después de haber amado inútilmente á un farmacéutico de Ciudad-Real, que había venido á Madrid á sacarse una muela, se ve hoy privada de toda manifestación amorosa, y dice á cada paso á su mamá:

—¡Ay! ¿Qué es la vida sin amor? Páramo frío.

A lo cual contesta la cariñosa madre:

—Bueno, Joaquinita; pero ten paciencia. Ya te saldrá novio cuando menos lo esperes.

Persiguiendo sin duda este hermoso ideal, las de Gázquez acuden á todas las reuniones y á todos los teatros por horas.

Durante el verano suelen hacer excursiones á Pozuelo, á Vallecas, á Getafe, á todos aquellos puntos donde haya un amigo que las invite.

En Aranjuez tienen muchísimas relaciones: una comandante de caballería; la viuda de un fabricante de tintas; los señores de France, hoy propietarios y antes comerciantes de goma elástica y aceite de hígado de bacalao.

¿Qué familia tan apreciable es la última! Ella es una riojana francota y expresiva, que recorre en enaguas á todo el mundo para demostrar que no le gusta darse tono; él ha nacido en Aragón y tiene el carácter rudo, pero en el fondo es un ángel. A lo mejor se enfurece y le tira á cualquiera un candelero ó una botella; pero á los cinco minutos está como si no hubiera pasado nada.

Primero descalabra á uno y después lo siente muchísimo; tanto, que los de Aranjuez ya saben que es un alma de Dios y dejan que les tire á la cabeza lo que tenga voluntad.

—¿Qué es eso?—se pregunta á un contertulio del señor de France.

—Nada; D. Anacleto, que me rompió ayer un jarro de hoja de lata en la cabeza.

—¿Y V. qué hizo?

—¿Yo? Ponerme unos pañitos de vinagre. ¡Como el pobre tiene aquellos prontos!...

Las de Gázquez estaban invitadas á pasar dos días en casa de D. Anacleto, y allí se fueron el martes por la noche, siendo recibidas por la señora con muestras de regocijo:

—Vienen VV. á su casa—decía dándolas besos.—¡Nada de ceremonias! ¡Ay, hija! ¡Qué bien se conserva V.! ¡Y que par de niñas tan guapas!

—Es que las mira V. con buenos ojos—contesta la mamá, ocultando su legítimo orgullo.

—Vaya unos cuerpos bonitos.

—Pues mire V., en casa no entra la modista. Ellas se lo hacen todo.

—Ya sé, ya sé que tienen muy buenas manos. Pues, hija, aquí va á estar V. como en su propia casa. Ya ven ustedes que las recibo con chambra y chancletas.

D. Anacleto añadió:

—Soy aragonés; con esto creo decir bastante. Ya me conocen VV. La franqueza ante todo.

Y se puso á lavarse los pies en el comedor.

Entre los chicos de Aranjuez circuló pronto la noticia de que habían llegado dos pollas preciosas, y Balbino se fué á pasear por delante de la casa de France.

—Ya tienen VV. un oso en la calle—dijo la señora de la casa, dando muestras de la mayor alegría.

—¿Quién?—pregunta Pura.

—Una de las mejores proporciones de Aranjuez.

Joaquinita al oír esto se asomó al balcón, y comenzó á dirigir miradas incandescentes al joven. Después todos salieron á la calle para recorrer los puestos y participar de las fiestas públicas.

¡Qué aire tan distinguido el de las chicas de Gázquez!

—No se puede negar que son de Madrid—decía Balbino caminando detrás y contemplando á Joaquinita con deleite.

Pero era tal su emoción que no vió á D. Anacleto, el cual iba conversando acaloradamente con la mamá de Joaquinita. Balbino tropezó con D. Anacleto, y éste lanzó una exclamación enérgica. Quiso disculparse el joven, pero en aquel momento pasaban unos mozos tocando la guitarra y chocaron contra Balbino, que fué á caer encima de D. Anacleto pisándole en un callo que tenía en el pie derecho del tamaño de una uva de Chelva.

—¡Bruto!—gritó D. Anacleto; y levantando el bastón hirió con él la cabeza de Balbino.

—¡Ay!—dijo Joaquinita desmayándose sobre un transeunte.

—¡Anacleto! ¡No te acalores!—exclamó la esposa.

Pero D. Anacleto seguía dando bastonazos á todo el mundo, hasta que llegó la autoridad y pudieron sujetarle. Entonces se vió que Balbino tenía un cardenal en la frente, negro como las alas del cuervo; pero conocía el carácter del Sr. de France, y se limitó á decir con resignación cristiana:

—Son prontos que tiene. ¡Qué le hemos de hacer! Estoy seguro de que ahora le pesa... Vamos. D. Anacleto, no se apesadumbre V. Esto no vale nada.

De aquel lapo ha nacido la felicidad de Joaquinita, porque Balbino pudo contemplarla de cerca y la amó desde aquel punto y hora. Es muy posible que se case antes de Agosto.

Esto es lo único que se ha sacado de las fiestas de Aranjuez en el año de 1888.—LUIS TABOADA.

EL TELÉFONO DE LA MUJER

A LOS DIEZ AÑOS

—Central, comunicación con el Bazar N.—Quiero

una muñeca, y espero que la mande en su cajón.

Que tenga el escote en pico
y traje de baile; ¡ahí
que diga *papá, mamá*
y *quiero un marido rico*.

—Necesito hablar también
con *Fortín*; soy parroquiана.
Velutina veneciana,
polvos de arroz y colorén.
Pepín en todo repara
Y por un nada se pica,
y anoche me dijo: «Chica,
qué lástima tienes la cara.»

A LOS VEINTE

—Central, comunicación
con *monieur Pierre*, el modisto.
—Por Dios, que el traje esté listo;
pour jeudi, que hay procesión.
Lo quiero muy elegante,
conforme la moda pide;
espero que no se olvide
del relleno por delante.
—Ahora póngame usted
con el número sesenta.
—Manolo mío, hay tormenta.
Mamá dice: «Déjale
que todo á hablar se reduce.»
Fídelo mi mano, ingrato.
—¿Que tú estás por lo barato?
—Horror!

—No es su voz; hay cruce.

A LOS TREINTA

—Central, casa de Escolar.
—La cuenta; ya sabe usted,
dos ejemplares; iré
por la que debo pagar.
Y suba usted sin conciencia
la que ha de ver mi marido;
paga y cuento concluido,
y guardo la diferencia.
—Quiero comunicación
con el *Hotel de la Paix*.
—Don Luis López.—No podré
ir á oírte á la sesión.

Mi esposo es lagartijista;
conque tú mira el cartel;
cuando mate Rafael
ven sin miedo. Hasta la vista.

A LOS CINCUENTA

—Central, con Clases pasivas.
—¿Pero, señores, qué pasa?
Mi viudedad se retrasa
y todo son evasivas.
Si no es porque el pobre Eduardo,
que fué de vista de Aduana,
se volvió con media Habana,
ya estaría yo en el Pardo.
Iré á recordarlo el lunes
Don Alfredo, que es mi agente
y persona inteligente,
con dotes poco comunes.
Mis negocios le confío
y á sus gustos me acomodo;
él me lo maneja todo
con mucho contento mío.

A LOS SESENTA

—Central, comunicación
con las monjas Carmelitas.
—¿No la tienen? ¡Pobrecitas!
Preguntaba si hay sermón.
¡La tendrá el *Sacro Retiro*
de doncellas! Soy *voctala*,
pero la plaza es muy mala
y á ser Presidenta aspiro.
—Al Juez de guardia; es preciso
dar una buena lección
al que ha extendido el padrón
y que escribió lo que quiso.
Yo me he puesto hecha una furia,
que aún no cumplí los cuarenta,
y al que me colgó sesenta
que lo encausen por injuria.

—Esto al teléfono of
y lo transcribo al papel;
de que es copia exacta y fiel
firmo y certifico aquí.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

APRECIACIONES

—Yo lo vide.

—¿Y cómo fué?
—Pues verás: Manolo estaba
cepillando unos listones
á la puerta de la fábrica,
cuando se acercó Gorgonio
y le dijo:—La Romualda
te está faltando al respeto
con *ese*, en tu misma casa;
conque si *tú* *dividas*
ya sabes lo que hace falta.
—Bueno se pondría.

—Digo;
pues bonito genio gasta.
Él, que se ha *casado* con ella
engullotao hasta el alma,
y además de eso tiene
la sangre muy caldeada,
enseguida que Gorgonio
dijo la última palabra,
soltó una expresión de aquellas
que dice cuando se enfada,
y echando mano á un escoplo,
porque no gasta navaja,
salió corriendo, y ya sabes
lo que hizo con la Romualda.
—Qué.

—Pues *ná*, sencillamente
que la *aprendió infroganta*,
y mientras tanto que el otro
granuja se las *guiltaba*
la *intrudució* siete veces
el escoplo hasta las cachas.
—¿Qué animal!

—¿SR

—Pues es claro.
El hombre que tiene *deolo*
da parte á la *autovijos*
y luego se *desaparta*,
como hace cualquier persona
de educación.—Ay, qué graciel!

Y si por casualidad
tropieza con una guarra
que en lugar de arrepentirse
sigue metiendo la pata,
¡va á consentir que la gente
le ponga motes! ¡De ganas!
En el hombre que *tú* *vergüenza*
no hay educación que valga
cuando le tocan un punto
como el honor verbo *en* gracia,
y si Manolo ha *llegao*
á matar á la Romualda
por cochina, que te *coste*
que ha hecho muy bien en matarla.
Ná; cuando se encuentra un bicho
venenoso se le aplasta
con el pie, y así se quita
del mundo una cosa mala.
Eso es lo que hacen los hombres
que tienen sangre y no horchata,
y *to* lo demás es música
y *caranguito* y *poca lacha*.
¡Vamos! Si á mí me *faltase*
cualquier día la Serapia
de una manera tan sucia...
—¿Qué la hacías?

—La mondaba
de arriba á abajo, lo mismo
que se monda una patata;
¡bonito soy yo!

—Pues oye,
¿sabes una cosa?

—¿Cuál?
—Que no debes de decirle
las intenciones que gastas.
—¿Por qué?

—Porque si se entera
te va á esconder la navaja.

J. LÓPEZ SILVA.

MAQUINARIA

Entre las monomanías del hombre estudioso, una de las más notables es la mecánica.

Pero la mecánica al alcance de las familias menos acomodadas y de los sujetos más humildes en instrucción.

Porque los hombres estudiosos á quienes me refiero, son esos que abandonan su oficio, por ejemplo, de maestros en obra prima, para dedicarse á inventar alguna máquina.

Hombres utilísimos para la sociedad descalza, y casi perjudiciales como mecánicos.

La ciencia adelanta las aplicaciones del vapor, del gas y de la electricidad á fin de resucitarnos, como decía un aragonés que hacía de sabio al mismo tiempo que dirigía un café en la Almunia de doña Godina.

En la peluquería de Sisí, por ejemplo, hay una máquina para limpiar la cabeza, que sorprende á cualquier hombre rural.

No tiene motor de vapor, ni de gas, ni eléctrico.

Motor de sangre, y no porque degüellen á la gente en aquel establecimiento; antes, al contrario, sirven bien y demás.

Motor de sangre; pero de fuerza de un oficial de peluquero.

Cuando gira el rodillo, guiado por el oficial que le sostiene, los pelos del paciente se ponen de punta.

¡Espectáculo imponente!

He visto á un joven labriego ó agrícola, levantarse precipitadamente del sillón en que «le operaban» y salir con paños y babero, á la calle, pidiendo socorro.

—Buen susto ha llevado el hombre!—decía un transeunte;—está blanco (blanqueado con polvos de arroz, después de afeitado) y tiene los pelos de punta!

Ya la voz de aviso del oficial director al compañero motor, había alarmado al parroquiано.

—¡Venga!

El cilindro empezó á girar, cuando el individuo volvía la cara para enterarse de lo que había de venir, y por pronto que quiso retirar el oficial el aparato, no pudo evitar que cepillara la nariz al consumidor.

Después ocurrió lo que queda dicho.

Se ha inventado una máquina para afeitar á veinticuatro personas á un tiempo.

Supongo que será una corrección de la guillotina.

He leído que en los Estados Unidos, allí donde ocurren acontecimientos extraordinarios y sobrevienen inventos asombrosos, y tal cual *cauara*, ha inventado un industrial una máquina para extracción y renovación del cabello, confección de poemas, odas y ovillejos, y regeneración de los órganos expresivos y pianos.

Un caballero á quien trato con escama, ha inventado un aparato para la manutención de presos y de enfermos en los establecimientos oficiales.

Es decir, para que los infelices supongan que los mantienen.

Mediante el gasto de tres pesetas pueden alimentarse trescientas personas.

Preguntándole algunos pormenores del aparato me respondió el autor:

—Es exclusivamente para los enfermos que tengan prescrita la dieta.

—¿Y respecto á los presos?—observé.

—También—me respondió,—para los que estén á dieta.

Habrán descubierto la manera de dirigir los globos aerostáticos más de doce mil individuos en Europa.

Con el furor que exalta á los descubridores caseros particularmente en los problemas de mecánica, sucede lo que con los teatros por piezas á real y á dos reales: que no puede tomar el teatro en serio quien tenga «buen gusto».

He conocido al inventor de una máquina incubadora de chiquillos (Dios le perdone).

—Entre el chitío y el pollo hay semejanzas, hay analogías sorprendentes—me decía,—hasta el vulgo las encuentra; por eso á los adolescentes denomina «pollos».

Se propuso hacer varios ensayos de la máquina.

—¿Y cree V. que saldrán vivos?—le preguntaban.

Y él respondía con la gravedad y certidumbre del monomaniaco en lo referente á sus imaginaciones:

—Sí, señor; estoy segura; llevo muchos años de experiencia nunca desmentida.

Y á continuación decía:

—Ustedes creerán que ésta es novedad ó locura; pero puedo ofrecer á VV. sin número de ejemplares.

—¿Vivos?

—Vivos y muy vivos, y algunos muy importantes y conocidos. La pru-

VARIEDADES



¡Y luego hablamos de los cursis!



Aquí están dos caballeros que han cambiado los sombreros.

—La señorita dice que no puede recibirte esta noche.
—¿Y tú? ¿Puedes?



¡Olé los andares de ella!

—Esta pereza traidora que no me deja hacer nada...
Qué atmósfera tan pesada!...
Si viniera aquél ahora!...



—¡Ay, hijal esto se va poniendo imposible.
—Pues si te quejas tú que vas de sombrero, yo... ¡á ver!
—¡Si creerás tú que con el sombrero se disimula la marca de fábrica!

dencia, la modestia y el temor de perjudicar á los interesados me ha contenido hasta ahora; pero ha sonado la de romper el velo y decir al país, al mundo átonito: ¿Véis á Fulano? ¿Conocéis al ilustre Zutano? ¿Sabéis quién es el excelentísimo señor... N. N.? Pues todos esos proceden de la misma incubadora, de la misma incubación.

—Como quien dice: de la misma promoción.

Y no tuvimos más remedio ante los ejemplos que nos citaba, que confesar que estaba resuelto el problema, y admirar al autor...

Puesto que él no había de confesar que estaba «de acá».

EDUARDO DE PALACIO.

¡EL 5.555!

No ví cosa parecida
y alguno dudarlo puede,
porque es cosa que sucede
una vez en esta vida.

Cosas que extraña impresión
causan y tristes enojos:
¡Que dejan llanto en los ojos
y miedo en el corazón!

Ahí va el relato sombrío:
Era una noche de Enero
y caía un aguacero
de padre y muy señor mío.
Yo surcaba, viento en popa,
la villa, que se inundaba,
y la lluvia redoblaba
en mi sombrero de copa.

No era un chaparrón vulgar:
era, señores, de ver
la manera de caer
y hasta el modo de mojar.

La Puerta del Sol se anega:
cruzo á cojer el tranvía,
cuando en una lotería
oigo gritar á una ciega:

«¿Quién se hace rico en un brinco?
¡El agraciado y gentil!

¡El último!... ¡El cinco mil
quinientos cincuenta y cinco!

La pobre ciega importuna
con la fortuna me ruega,
dije. La fortuna es ciega
y aquí tengo la fortuna.

Dirijo la mano lista
al bolsillo del chaleco,
pero estaba triste y hueco
como bolsillo de artista.

¡Dejar la fortuna?... ¡No!
Nadie la debe dejar.

Aún tengo mi remanente:
voy á empeñar el reloj.

Corro; ya el triunfo me engríe:
cesan la lluvia y mi anhelo.

¡Sale la luna!... ¡Hasta el cielo
parece que me sonrío!

Llego: el prestamista necio
me da un duro sin chistar,
por eso es bueno llevar
un relojito de precio!

¡Qué recurso el de encerrarlo,
y qué fácil, dije yo,
es empeñar un reloj!...
Más difícil es sacarlo.

De dulce esperanza henchido
al mismo sitio volví:
¡la ciega se hallaba allí,
pero lo había vendido!

El importuno aguacero
vuelve con más decisión,
¡Comprended mi situación:
los que no tenéis dinero!

¡Se jugaba al otro día,
y yo, sin reloj y sin coche,
y además era de noche
y sin embargo loca!

A mi casa tiritando
gufo los pasos inciertos.
¡Mis siete chicos despiertos
y los siete herreando!

¡Sale, ya no hay más que ver:
¡Sale, sin duda ninguna,
y lloran por la fortuna
que yo acabo de perder!

No me acosté; rompió el día;
la impaciencia me mataba.
Aquél día se jugaba
la estúpida locería.

Me fui al sorteo á escuchar
por ver, con ánimo fuerte,
cómo se saca la suerte,
pero así, ¡vista ordejada!

Escuché con firme ahínco,
y ¡oh número torpe y vill!
¡Qué!... No salió el cinco mil
quinientos cincuenta y cinco!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

¡PÍCAROS HOMBRES!

I

«Mi querida Soledad:
Como sé que eres mi amiga,
no extrañarás que te diga
que ocurre una novedad.

¡Me caso! ¿Qué te parece?
Te alegrarás de seguro;
quiero mucho á mi futuro
y creo que lo merezco.

Tú le debes conocer
porque le has visto conmigo...
yo callé lo que hoy te digo
porque no quise, hasta ver
si su amor era verdad,
decirlo á persona alguna.
Ahora que, por fortuna,
viene con formalidad

y hasta va á pedir mi mano
á mi papá cualquier día,
basta ya de hipocresía
y voy á cantar de plano.

Cuando él estudiaba leyes,
dos años y medio hará,
yo vivía con papá
en la calle de los Reyes;
él pasaba por allí
para ir á cátedra, y... ¡pues!
me vió dos veces ó tres
al balcón, y yo le ví.

nos encontramos un día
al salir de San José,
me miró, yo le miré
con cierta coquetería;
en seguida me escribió
una carta incandescente;
ya ves tú! No era prudente
que no contestara yo.

No sé qué le dije. Luego
ya se sabe lo que pasa;
poner asedio á la casa
lanzar miradas de fuego,
pasar cerca de la gloria
cada dos horas un rato,
poco después un retrato
con una delicatosa.

«Mi amor, mi vida, mi cielo!»
muchas frases halagüeñas,
muchos guiños, muchas señas,
muchas cartas, mucho pelo...

Lo de siempre, Soledad;
hasta que tanta pasión
hizo fijar la atención
de toda la vecindad.

Y mamá, que es muy correcta,
para evitar las hablillas,
le dijo un día á hurtadillas
de una manera indirecta,
que lo que debía hacer

era hablarla formalmente...

Él no encontró inconveniente,
como era de suponer,
y pidió á mamá permiso
para frecuentar la casa...
¡Vamos! Que empezó por gasear
y se vió en un compromiso.

Total: como si lo viera,
me queridísimo Antonio
me pedirá en matrimonio
al entrar la primavera.

Ya sabes quién es ¿verdad?
Antonio Ruiz, aquel chico
que decían que era rico
y sé, por casualidad,

que tiene más de un millón.
¡Figúrate mi alegría!
Adiós.—Te avisaré el día
de la boda.—Encarnación.

II

«Encarnación de mi alma:
¡Pero qué dices, mujer!
Con tu carta de anteaayer
me has hecho perder la calma.

Ese Ruiz es un gatera;
¡Pues si me ha dicho el villano
que piensa pedir mi mano
al entrar la primavera!

Y como ves, clama á Dios
tal modo de proceder;
¿qué demonios querrá hacer
con las manos de las dos?

¡Nos ha engañado, ¿verdad?
El golpe ha sido certero;
pero ¡ay! no será el primero...
¡ni el último!—Soledad.»

SINESIO DELGADO.

EL FUMADOR

I

Hubo gran sesión en el cielo para discutir un importantísimo punto, que tenía preocupados á los más doctos é ilustres santos de la iglesia triunfante, vulgo gloria.

Las once mil totes pertinaces de las once mil Vírgenes habían perturbado impertinentemente la felicidad y la bienaventuranza celestiales.

San Pedro fué quien lo olió primero.

—Aquí se ha colado alguno fumando un cigarrillo de los estancos de España.—dijo.

—¡Fuera los fumadores!—gritaron varios santos.

—El cigarro es una horrenda sensualidad.

—Es un estímulo de la pereza.

—Cierto, cierto,—repetieron varias voces.

—Ninguno de nosotros hemos fumado,—dijo San Ambrosio.

—En mi tiempo, zapatero á tus zapatos,—esto creo que lo dijo San Crispín—y ni Dios echaba un pitillo,—añadió.

En fin, el santísimo concurso tomó las proporciones de *meeting*, en el cual se trataba de averiguar

Si es en el hombre un vicio
el de fumar

que podría considerarse como pecado de los gordos ó de los flacos, es decir, de los veniales, que diría un teólogo instruido.

San Pedro miró los dedos de todos los recién llegados, y por fin dió con el atrevido que había tenido la audacia de colarse con el cigarro en la boca en el cielo, ni más ni menos que si se hubiera tratado de entrar en un coche de los tranvías de Madrid.

El infeliz tuvo que explicarse. Había sido hombre de bien, buen inquilino, buen marido, buen cristiano, buen padre y para que no se dudase que el mundo había sido para él un valle de lágrimas bastaba decir que se trataba de un contribuyente español.

Ni aun esto último pudo conmover al indignado portero del cielo, el cual, según fama, suele tener todas las cualidades del oficio que tan altamente desempeña.

—Ea, camaradita, fuera de aquí, que está V. molestando á las señoritas y á las señoras de la casa.

—Hombre, ¡por la Virgen Santísima! Tenga V. compasión.

—¡La Virgen Santísima! ¿Usted se figura que con ese olor le será permitido llegar á la presencia de tan excelsa Señora? Nada, largo de aquí; quédese V. ahí tras de la puerta hasta ver qué se decide; puede que el Señor añada un undécimo mandamiento: «No fumarás.» Por más que yo creo que ya va incluido en el quinto.

—¡Pero, hombre de Dios!...

—Y es lo que digo—prosiguió San Pedro,—claramente, ¡como que tú eres un suicida! Nada, lo dicho, un suicida; no esperes conmiseración alguna y toma ya el caminito de la Vuelta Abajo.

—Pero hombre, ¡por todos los santos!

—Contentos tienen tú á los santos, contentos.

—Si yo no he firmado con intención de suicidarme, sino que yo le diré á V.; en España tenemos un gobierno paternal y una Compañía *tabacalera*...

—¿Tabacalera... qué?

—Tabacalera.

—Pues bien; eso se lo cuentas á tu tabacalera.

II

Y, en fin, que nuestro hombre se dirigió al infierno, toda vez que en el limbo no le era dado entrar, y para purgatorio había él ya pasado las

penas del idem, con cada cigarrillo del estanco que él hubo de fumarse en vida; y lo que él se decía:

—Si al cabo de consumir tantas cajetillas, no hallé redención alguna, es que estoy perdido para siempre, con que á lo hecho pecho y al Diabolo con todo, que quien como yo ha sido capaz de fumarse un puro del estanco, no le ha de parecer cosa mayor el mismo infierno.

—Trás, trás... dió tres golpes en la puerta, se abrió ésta y salió á recibirle un diablo muy cortés, con los cuernos dorados como algunos maridos amigos de los amigos de sus mujeres, y con un pitillo en la boca.

—Diablo, ¿fumas?

—Sí—dijo,—polvillos de azufre.

—Antes pienso que ha de ser el más riquísimo tabaco.

—¡Tabaco! Hijo mío, aquí no sabemos á qué sabe; eso se queda para los de allá, para los de arriba, el portero, el portero San Pedro, sí que fuma riquísimos regüeros.

—Estás tú aviador; no hay ahí quien pueda resistir el olor del tabaco. ¡Como que me han echado á mí por fumador!

—Vaya, no pierdas tiempo,—dijole el diablo—y á tu negocio. Pasa á ver á su magestad.

Pasó el fumador y habló á Lucifer repantingado sobre un montón de pavesas y fumando una pipa larga y enroscada, de la cual escapaban bocanadas.

—¿Se fuma?—dijo á Satanás campechantemente el recién llegado.

—Así parece.

—¡V buen tabaco!

—Phss... De lo que hay... guindillas y limaduras de cuerno.

—Vamos, está usted de broma. Ya veo yo que aquí se fuma de lo bueno.—Dijo aspirando con delicia el humo de la pipa.

Llamóle la atención á Lucifer la complacencia con que el recién llegado parecía olfatear el espacio.

—Eres nuevo—le dijo.

—Sí señor.

—¿De qué punto de la tierra vienes?

—Le dije á usted, de España; pero me he detenido en el cielo, de donde me han echado.

No dejó de sorprenderle á Satanás, que un español que, según él suponía, habría de estar acostumbrado á fumar buen tabaco, hallase delicioso el mal oliente humo de su pipa, y le preguntó, que qué era lo que fumaban en España.

—Pues lo va usted á ver,—dijo—echaremos una ronda.

—A ver, botero, Ulemalas, Cojuelo, Tientacarne... Hay aquí un condenado que trae tabaco—exclamó alegremente Satanás.

Y no bien dijo esto, cuando saltando y brincando muy gozosos, penetraron multitud de diablos.

El español sacó su cajetilla y... ronda va. Un pitillo á Lucifer, otro á éste, luego al otro, al de más allá, á todos cuantos le rodeaban, y tomando una brasa de una hoguera inmediata, encendió el pitillo que le correspondía.

Se produjo entonces una escena indescripible: chisporroteo, ruido de decencia sospechosa, un humo densísimo, fétido é intolerable, y por fin, un diablo cayó con convulsiones, otro rebotó en el suelo hasta una altura inmensa, aquél comenzó á retorcese y afilarse á punto de quedar hecho un hilo, y el mismo Satanás, con los ojos fuera de las órbitas, desencajado y frío, dando espantosas arcadas y el rabo rígido y retorcido como viruta, bramó furiosamente:

—Vete de aquí, que has venido sin duda á hacer aún más horrible á las penas eternas. ¿Qué es lo que contienen estos nauseabundos cigarrillos?

—Ni Dios lo sabe.—Contestó el español.

JOSÉ ZAHONERO

MODESTIA

Haré un soneto porque así me petá sin más objeto que pasar el rato, empresa colosal para un pinguato que nunca ha blasonado de poeta.

Dicen que pocos llegan á la meta,

pero si pongo el cascabel al gato,

yo diré (cometiendo un desacato)

—¿Qué va de un Lope á un López? (Una vez)

Ya estoy oyendo:—¡Sólo un ignorante

es capaz de tamaña atrevimiento!

Peró... ¿Es soneto ó no? Pues adelante,

creo que para hacer como éste ciento

ni es preciso un esfuerzo de gigante

ni hace falta un adarme de talento.

LUIS LÓPEZ



Al César lo que es del César.

Don Mauro Urbaneja, corresponsal de periódicos en Miranda de Ebro, ha pagado la letra que habíamos girado á su cargo.

Lo cual quiere decir que los corresponsales no son tan defectuosos como creen algunos. Muchas veces el hombre supone cosas que no existen.

Volvamos, pues, el buen concepto al Sr. Urbaneja...

Y que el cielo nos guíe por la senda de los buenos corresponsales.



Poncho, saetre de la Mancha,
luzo á Ponche un poncho ancho,
y Ponche que tiene un gancho,
ha dicho que si le engancha
Ponche pincha poncho y pancho.



Para defender á la simpática tiple Srta. Montes contra el empresario de Recoletos, que quiere obligarla á trabajar en dicho teatro, ha sido designado el joven y notable juriscónsul Sr. García Valero.

Es muy posible que este señor, letrado y poeta á un tiempo mismo, formule la contestación á la demanda en quintillas ó endecasílabos.

Para que todo esté en carácter.



La Correspondencia hablando de las fiestas de Talavera de la Reina:

«La concurrencia de forasteros puede calcularse en más de cuatro mil personas.»

El País, hablando de lo mismo:

«Los forasteros que con tal motivo han acudido á aquella población pasan de 50.000.»

¡Cielos! ese cero que se ha escapado ahí me tiene intranquilo...

¡A no ser que á La Correspondencia le haya dado ahora por exagerar hacía abajo!



Un andaluz en Cangas de Tineo
hablaba el asturiano con ceceo,
y un gallego en Jerez de la Frontera
hablaba el andaluz á su manera.

Desde entonces se quieren como hermanos
gallegos, andaluces y asturianos



Un anuncio que acabo de recortar:

«Se cortan y hacen fundas baratas.»

Bueno, sí señor; pero para qué son las fundas?



Otro:

Un diplomático extranjero, trasladado de esta corte, vende su mobiliario. Su administrador estará á disposición del público toda esta semana.

¡Pobre señor!

No faltará quien le mande á la compra.



¡Si sería bruto Diego,
el criado de Vicente,

que para apagar el fuego
echaba el agua caliente!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. G. B.—Barcelona.—No señor; hay artículos de sobra para cien años y un día.

A. Cavalcanti.—No sea V. guasa viva, hor' bre. Eso me lo han enviado ya otra vez, y para broma basta con una. Recuerdos á su hermana la casada.

P. Pinillos.—Pues no señor no están mal medidos. Lo que hay es que no se sabe qué género de asonancias ha adoptado V.

Cachólope.—Como estar mal no está mal,

pero es gastado el final.

El estudianto.—No, malito no, pero medianito sí.

Cuatro sapillos.—Ya sé donde; en el negociado de la imbecilidad.

Sr. D. C. R.—Oranse.—Seis versos, y ninguno con el número de sílabas que necesita fuamente.

Un mago canario.—Bueno, y ¿á qué viene poca pica? A nada absoluta mente.

Sr. D. A. C.—Madrid.—Muy bonito para felicitar á la interesada, pero en el periódico ¿como si no?

Un valiente.—Pues es preciso tener un poquito de miedo á la vulgaridad y otro poquito á las incorrecciones de forma. Total dos miedos.

Sr. D. R. S.—Malo es que V. se precipite de esa manera.

Si todo lo admitiéramos habría que publicar un libro semanalmente. El Fragmento es endehle de veras. Y lo mismo las niferías. Cuida V. poco lo que hace.

Quico.—El escribir tan mal es un horror.

Cave usted, ¡es mejor!

EN LA EXPOSICIÓN



—¡Qué trajes tan raros tienen los marinos extranjeros! ¿De qué escuadra será éste?

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VISETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Pezinaslar, 4, primer izquierda

Teléfono núm. 2.160

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO BELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar.	20 pesetas
Encuadernado en tela.	25
Cartulinas sueltas.	0,30